

TÍTULO: Agua de
reencuentro

SEUDÓNIMO: Cangrejomoro

CATEGORÍA: Relatos de Bujalance



AGUA DE REENCUENTRO

Bajo el calor abrasador del astro rey, la majestuosa Torre de la Culebra corona el Castillo de Bûry Al-Hanash. En una de sus habitaciones, una anciana mora aguarda impaciente la última carta de su hijo. Al amparo de la sombra de la atalaya principal, su cuarto queda resguardado frente a un agosto rabioso e infernal. Ella, con movimientos pausados, refresca su curtido rostro, sus brazos hasta los codos y sus tobillos con agua de una jarra. Así libera su espíritu de aquella larga espera, así purifica su alma y su cuerpo siguiendo los pasos del pasaje segundo del Corán, así logra implantar el tahara dentro y fuera de su ser, libre de suciedad física y de pecado espiritual, sintiéndose una con su Dios. Antes de escuchar las palabras de su hijo, quiere descargar su arrogancia, al igual que hace antes de sus oraciones, porque para ella Omar es su otro pilar sagrado, su príncipe añorado, su mayor fe.

Hace ya más de tres años que no recibe noticias de él, y no está segura de que le hayan llegado las cartas que ella dictó a su escribiente, con lo cual su incertidumbre roza los límites de la cordura. Lo último que supo fue que se había refugiado en Tahart, tierra lejana e inaccesible para visitas furtivas, ya que una inmensa lengua de mar los separaba como un gran muro inquebrantable. Según las últimas frases que le leyó su redactor de confianza, le habían aceptado como aprendiz de sastre, y le prometía confeccionarle la más hermosa túnica solo para ella.

Aquel hijo era su más preciado tesoro, su guía en los momentos más duros, su razón de existir. En su mente ancestral, aún conserva el recuerdo de su nacimiento. Aquel día, en la alquería de Parauta, todos en la medina la felicitaron por concebir a un niño con tan buen aspecto. Tras dar a luz a otros dos varones, este tercer hijo guardaba mayor semejanza física con su linaje, guardando en los bucles rizados de su pelo la picardía y

SEUDÓNIMO: Cangrejomoro

el espíritu aventurero que ella poseía en su interior, y que guardaba con celo para que nadie se lo arrebatase. Y de su abuelo, un robusto terrateniente musulmán convertido al Islam, heredó su prominente nariz. Éste le otorgó la gracia de nacer muladí, bendiciendo su llegada, ungiendo sus pies con agua del río Genal y prometiendo cederle todas sus tierras a cambio de que trabajara en su explotación. Así, Omar pasó a ser la mano derecha de su abuelo, encargándose del cultivo y la ganadería de su modesto negocio.

Desgraciadamente, también heredó la temeridad de su padre, un hombre inconsciente que tentaba al peligro en demasiadas ocasiones. En una de ellas, Alá lo mandó llamar a su lado como castigo a su falta de cuidado, arrebatándole la vida tras el ataque de un oso que, de un zarpazo, con sus garras letales, puso fin a su futuro y marcó el destino de su familia. Al enviudar, el padre de aquella mujer no tuvo más remedio que volver a buscarle otro marido, así pasó a ser la segunda esposa de un adinerado arquitecto al servicio de Bani Sa'id. Con ello tuvo que mudarse a aquella fortaleza que se convirtió en su cárcel de piedra andalusí, la guarida de sus pesadillas, el alcázar de sus fantasmas.

En aquella mezquita nazarí construyó un abismo de soledades opacas de color castaño. Cada noche, después de ocuparse de la primera mujer, mucho más joven que ella, se encerraba en sus aposentos y dibujaba con imágenes la carta que al día siguiente dictaría a uno de los escribientes. Éste se lo haría llegar a su hijo Omar, quien quedó al cuidado de su progenitor. Durante aquellos tediosos años supo que un bereber intentó robarle el ganado a su padre y que Omar, en un arrebato de imprudencia, acabó matándolo.

Odiaba desvelar sus intimidades a terceras personas, odiaba no saber escribir, pero no le quedaba más remedio que poner en manos extrañas su historia y la de su hijo. Por ello, elegía bien a los hombres que redactaban sus cartas, silenciosos y discretos, cómplices de sus correspondencias clandestinas. En una de aquellas cartas le contaba que había

SEUDÓNIMO: Cangrejomoro

tenido que marchar al sur, escondiéndose de una cruel sentencia que lo hubiese enterrado en vida tras aquel incidente. Agazapado en la sierra, se encerró como una marmota en lo más profundo del desfiladero de los Gaitanes, al abrigo del río Guadalorce.

Pasado un largo tiempo, no supo nada más de él hasta que por fin recibió noticias de su hermano Muhadir, quien localizó a Omar y lo tuvo al amparo de su protección en el castillo de Bobastro. Allí volvieron a tener contacto periódico en el que le hablaba de rebelión, de sublevación, de ansias de libertad y conquista frente al Emir de Qurtuba, de planes para revocar la hegemonía omeya. Pero otras noticias contradictorias de su hermano contaban que, tras ser descubierto robándole al valí de Málaga, tuvo que volver a escapar y refugiarse en tierras más allá del sur, en Tahart, y a partir de ese momento perdió casi por completo su rastro.

En estos momentos, en el epílogo de su existencia, aquella anciana pronuncia la tercera de sus cinco oraciones diarias, rogando por la pronta llegada del escribiente. Sabe que no le queda tiempo, sabe que su vida toca a su fin, pero seguirá luchando por hacer latir una vez más su corazón, porque Alá en su infinita misericordia no dejará que abandone este mundo sin conocer el destino de su hijo. Entonces, la puerta se abre lentamente, y una figura emerge del resplandor de su alcoba. ¡Es Omar, su hijo ha vuelto! Conteniendo la respiración, se lleva una mano al pecho en un intento por frenar el masivo bombeo de júbilo que inunda cada una de sus venas como un enjambre hambriento de anhelos. Con un susurro, la llama como solo él podía hacerlo: 'um. Se acerca a su lado y deja que ella le acaricie los cabellos y le de un beso en la frente. En uno de sus brazos porta una tela blanca de seda con magníficos bordados que le tiende con entusiasmo. Es la túnica que le había prometido. Pero ella solo tiene ojos para su rostro. Y él, entre frases inconexas y atropelladas, le relata que ha vuelto con su tío

SEUDÓNIMO: Cangrejomoro

Muhadir al castillo de Bobastro, y que Mohamed I le ha perdonado, integrándolo bajo su tutela como guardia personal. Pero de todo ello, la mujer se queda con la idea de que volvería a tenerle cerca. Aquella mora atrasaría la llegada del día de su juicio gúsl. Y su hijo, Omar Ben Hafsún, el capitán de la gran nariz, con ternura y disciplina la liberaría de su cautiverio, de su jaula, desatando las sandalias de su madre y lavando sus pies con agua purificadora, el agua que baña su reencuentro, las gotas que poblarán su paraíso terrenal hasta el día de su muerte.